

D. Mariano Gaspar Remiro,

Catedrático de Arabe, Vicerrector de la Universidad y Director del Centro.

Entrada de los Reyes Católicos en Granada

al tiempo de su rendición.

Pienso que, dada la fama y trascendencia del hecho glorioso de nuestra Historia, cuyo enunciado encabeza este artículo, será rarísimo el aficionado á estudios, como el presente, máxime si es granadino, que no haya leído las narraciones detalladas, sonoras y poéticas, que de él nos han legado muchos autores modernos de dentro y fuera de España.

Han procurado, en verdad, algunos de éstos, cimentar sus afirmaciones en los recitados de cronistas y narradores coetáneos y del tiempo inmediato posterior; pero no siempre ha sido acertada su crítica, y, sobre todo, han prestado excesiva credulidad á nuestro Conde, de cuya "Historia de la dominación de los árabes en España", no obstante su notoriedad, tuvo que decir el ilustre arabista Dozy: *quidquid attigeris, ulcus est* (1), enojado por los infinitos errores é invenciones *de proprio sacco* que en ella descubrió.

Por tal consideración prescindiría de repetir una vez más al sufrido lector la narración que se halla como aceptada y corriente en autores tan conocidos como Lafuente Alcántara (D. Miguel) (2), Lafuente (D. Modesto) (3), Prescott (4), Circourt (5), Balaguer (6) y otros muchos, así propios como extraños. Pero entrando en mi propósito hacer aquí su análisis y revisión ante las más antiguas y autorizadas fuentes que de la misma he podido inquirir, juzgo muy conveniente y del caso presentarla por delante con la mayor sencillez y brevedad que me sea posible.

Concertadas las condiciones de la entrega de Granada y aceptadas por sus magnates y pueblo, dicen los autores modernos susodichos, no había ya más que esperar el día señalado en los capítulos para que sus Altezas tomasen posesión de la ciudad. Pero temiendo Boabdil que la gente se arrepin-

(1) Recherches sur l' historie etc. 3.ª edit. t. I.er, XII.

(2) Historia de Granada.

(3) Historia general de España.

(4) Historia del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, traducción.

(5) Histoire des mores mudejares et des morisques.

(6) Las guerras de Granada.

tiera y alzase nuevos alborotos y disturbios, avisó al Rey Católico que anticipase su venida para apoderarse de su apetecida Granada. Fué consecuencia de tal aviso, que al amanecer el dia 2 de Enero de 1492, tres fuertes cañonazos disparados en la Alhambra, según era la señal previamente convenida, hicieron saber á los Reyes Católicos y á sus gentes de guerra, que había sonado la hora de acabar con toda dominación árabe en la Península.

Por público pregón, en la noche anterior, habían ordenado sus Altezas que al siguiente dia y hora del alba, estuviesen todos sus guerreros listos y apercibidos para marchar hacia Granada, amenazando con pena de la vida á quienquiera que abandonase las filas para entrar en dicha ciudad, y previniendo á todos que vistiesen de gala rigurosa. Los mismos Reyes dejaron ese dia el luto que llevaban por la reciente y desgraciada muerte del príncipe de Portugal, esposo de la infanta Isabel.

Ordenadas las batallas, al amanecer del dia referido, siguen diciendo los autores citados, avanzó el ejército cristiano por los Llanos de Armilla. Venía delante el gran cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza, con el comendador mayor de León, D. Gutierre de Cárdenas, y otros prelados y caballeros, seguidos de un destacamento fuerte de 3.000 infantes y alguna caballería. Atravesó esta hueste avanzada el Genil por el paraje donde hoy se halla el moderno Puente Verde ó de Sebastiani, y según estaba acordado de antemano, ascendió por la Cuesta de los Molinos, hasta llegar á la explanada ó Campo de los Mártires, que los moros denominaron Abahul. Al coronar esta altura el Cardenal y los suyos, se presentó ante su vista Boabdil, que habiendo salido por la Puerta de Siete Suelos, venía hacia ellos, á pie y seguido de 50 caballeros de su casa y servidumbre. Cuando reconoció el Cardenal á Boabdil, se apeó del caballo y adelantándose á su encuentro, le recibió con gran respeto y benevolencia. Seguidamente apartáronse ambos un corto trecho de sus gentes, y después de conversar por breve tiempo en secreto, exclamó el rey moro en alta voz: "Id, señor, en buena hora y ocupad esos alcázares míos en nombre de los poderosos Reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, los ha querido entregar por sus grandes merecimientos y por los pecados de los moros." Dirigió el Cardenal al desgraciado Boabdil algunas frases de consuelo y le ofreció su tienda para que se alojase en ella durante el tiempo que había de permanecer en Santa Fe. Aceptó el rey moro el generoso ofrecimiento del Cardenal, se despidió de él con ademán triste y melancólico y cabalgó con sus acompañantes al encuentro de D. Fernando, descendiendo por el mismo camino que traía el Cardenal.

Había hecho alto D. Fernando con un poderoso cuerpo de ejército á orillas del Genil, muy cerca de una aljama, que luego fué transformada en ermita y consagrada á San Sebastián. Cuando llegó Boabdil á presencia del soberano de Castilla, intentó apearse y aun llegó á sacar del estribo su pie derecho; pero avanzando D. Fernando á contenerlo, no consintió que echase

pie á tierra, según estaba convenido; así como rehusó también darle á besar su mano, que solicitaba el rey moro. Pero insistió éste en su propósito, é inclinándose, alcanzó á besar á D. Fernando el brazo derecho, y le presentó dos llaves de las puertas principales, diciendo con semblante abatido: "Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios". Tomó D. Fernando las llaves con dignidad y respondió al moro: "No dudes de nuestras promesas, ni te falte el ánimo en la adversidad; lo que te ha quitado la suerte adversa, será resarcido por nuestra amistad". Cumplida esta ceremonia, preguntó Boabdil por el caballero á quien los reyes encargaban la tenencia de la ciudad, y habiéndose presentado D. Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, le entregó una sortija de oro muy preciosa, la cual separó de su propio dedo, á presencia de la comitiva real, diciendo: "Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobernéis, y Dios os haga más venturoso que á mí". Dicho esto, continuó Boabdil su camino con toda la servidumbre hacia Santa Fe; su esposa, madre y hermanas pasaron tras él é hicieron una grave cortesía, á la que correspondió D. Fernando con igual gravedad.

La reina D.ª Isabel, que había hecho alto en las inmediaciones de Armilla con muchos caballeros de su casa y escolta, recibió al rey moro y á su familia con la misma afabilidad y cortesía que su esposo, y mitigó su pesar, devolviéndoles su inocente hijo, el que estaba en rehenes desde octubre anterior para seguridad de las capitulaciones. Sin más detenimiento, llegó Boabdil al real de Santa Fe, escoltado por un cuerpo de caballería, á las órdenes del adelantado de Cazorla, Hurtado de Mendoza, hermano del gran cardenal. Entre los autores modernos citados, hay quien afirma que Boabdil no marchó á Santa Fe, sino directamente á las Alpujarras, y cuenta á renglón seguido la famosa leyenda del viejo morisco del "Suspiro del moro".

En tanto que se celebraba la referida entrevista de Boabdil con los Reyes Católicos, el cardenal y su gente penetraron en el recinto de la Alhambra, cuyas puertas les tenía abiertas su visir y alcaide Abencomixa, comisionado por su rey para efectuar la entrega. En la ocupación de las torres y baluartes de la Alhambra por las tropas cristianas se invirtió algún tiempo, y esto impacientó á la reina, que aún permanecía en el campo de Armilla. Podía observarse que en Granada reinaba el más absoluto silencio. Sin embargo, al notar D.ª Isabel la tardanza en ver enhiestos los pendones de Castilla, comenzó á temer que fuese ocasionada por alguna perturbación fatal. Mas de pronto cambió su recelo en inmenso júbilo, cuando notó que sobre la hoy Torre de la Vela, brillaban las cruces de plata, y ondeaban al viento sus gloriosos estandartes, á la vez que sus reyes de armas daban el grito de "Granada por los Reyes Católicos", que según práctica tradicional, se sigue repitiendo anualmente en dicho día. Los vivas del ejército y las salvas de su

artillería atronaban el espacio; los reyes y soldados hincan sus rodillas en tierra, y los músicos y coristas de la capilla real cantan el *Te Deum laudamus* al Dios de las batallas, que les ha otorgado tan señalado favor. Acto seguido avanza la reina con su escolta, se incorpora á D. Fernando, y ascienden juntos por el mismo camino que había seguido el cardenal, hasta las puertas de la Alhambra. El ejército queda extendido en el Campo de los Mártires; los reyes son recibidos en el arco de la Justicia por el cardenal, el comendador y Abencomixa. Entonces entrega D. Fernando las llaves de la ciudad que le había dado el rey moro, á D.ª Isabel; ésta las da á su hijo el príncipe D. Juan; éste al cardenal, y éste, á su vez, á D. Iñigo de Mendoza, nombrado alcaide de la Alhambra y capitán general de Granada.

Después de recrearse los reyes y su corte contemplando las bellezas y aposentos suntuosos de la Alhambra, no fiándose todavía de la seguridad que podía ofrecerles, se volvieron á Santa Fe, dejando al de Tendilla con una fuerte guarnición. Al siguiente día, salieron 500 cautivos cristianos al campo hoy llamado del Triunfo, y formados en procesión, cantando letanías, llegaron á los Reales, donde recibieron dádivas y consuelos de la piadosa D.ª Isabel. Para celebrar su victoria, concedieron también los reyes diferentes mercedes é indultos de penas, incluyendo entre los agraciados á Pedro de Gasca, que había sido condenado á muerte, por haber penetrado el día anterior en las calles de Granada, contra lo prevenido en el bando real de que se ha hecho mención.

La entrada referida de los Reyes Católicos en la Alhambra, no fué, al decir de nuestros historiadores modernos, la que pudiera llamarse oficial ó solemne. Esta tuvo lugar el día 6 del mismo mes y año, festividad de los Reyes, después de ser tomadas las medidas y precauciones que impidiesen toda perfidia de parte de los moros granadinos. En la mañana de ese día, que fué clara y despejada, dicen los autores mencionados, se pusieron sus Altezas en movimiento con numerosa comitiva de damas, grandes, prelados y señores. Los quinientos cristianos libertados de la esclavitud el día 3, iban delante llevando en sus manos los hierros con que habían estado encadenados, y cantando letanías y alegres himnos. Seguía una escolta de caballeros cubiertos de arneses bruñidos y montados en caballos soberbios. Tras de éstos venía el príncipe D. Juan, ricamente vestido, taraceado de joyas y brillantes, y á su lado cabalgaban en mulas el gran cardenal, revestido de púrpura, y fray Hernando de Talavera, arzobispo electo de Granada; aparecían en pos la reina con sus damas y dueñas, y el rey montado con gallardía en un caballo arrogante; luego desfilaba el ejército al compás de pífanos y cajas, con banderas tendidas.

Penetraron los Reyes Católicos, esta vez, con su comitiva y ejército por la puerta de Elvira, siguiendo hasta la Caldería, de donde subieron á la mezquita llamada de los Conversos, que Hernando de Talavera purificó y

convirtió en iglesia con el título de San Juan de los Reyes. De allí bajaron todos hacia donde hoy se halla la Plaza Nueva, y subiendo por la calle de Gomeres, entraron y se aposentaron en la Alhambra, en un trono dispuesto al efecto por el conde de Tendilla; y allí terminó la ceremonia, dando sus Altezas á besar sus manos á los nobles de Castilla y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á sus nuevos señores.

Tal es, en sustancia, la entrada de los Reyes Católicos y sus gentes, que aparece como más aceptada en los autores modernos de nuestra historia, siguiendo crédulamente y con marcada preferencia el recitado hecho por el Licenciado Rodríguez de Ardila, cronista de la casa de Tendilla. Mas, á mi humilde entender, encierra algunas inexactitudes de importancia, como antes anunciaba; y sobre todo, no han tenido en cuenta sus autores las circunstancias del tiempo en que se realizó el hecho, ni el modo de ser de los musulmanes, ni que gran parte y esencial de la forma en que había de efectuarse la ocupación estaba prevenida en las capitulaciones generales de la entrega de la ciudad. Desde luego es un hecho plenamente confirmado (1), que cuando todavía se estaba en los tratos secretos para la rendición de Granada, era grande el temor, tanto en la corte cristiana como entre los íntimos y deudos de Boabdil, de que el pueblo granadino, aunque aceptase al pronto las capitulaciones, se arrepintiera luego, y que excitado su sentimiento patrio por la presencia de las primeras tropas cristianas de ocupación, les cerrase el paso y entrada en su ciudad querida. Realmente, la manera nada franca como se habían llevado los tratos por los íntimos de Boabdil, la falta de cohesión y disciplina social y suma desconfianza observadas entre las diferentes clases de la población granadina durante la guerra, justificaban de sobra ese temor; y á él obedeció, sin duda, que se llevasen á los capítulos de la entrega las primeras disposiciones para evitar la contingencia temida. A este fin, las fuerzas cristianas de ocupación vendrían por fuera de la ciudad, por el campo, y entrando por las puertas llamadas de Bibalachar y Bibnexde, habían de posesionarse fácil y rápidamente de la Alhambra y de todos los puntos fuertes de su amplio y dominante recinto.

Exigieron también los Reyes Católicos que un día antes de proceder á la ocupación de la Alhambra y sus fortalezas, les habían de ser entregadas en su propio real, por el rey moro y sus alcaides, 500 personas con el visir Abencomixa, de los hijos ó hermanos de los principales caballeros granadinos, los cuales permanecerían como rehenes en poder de sus Altezas, por término de diez días; en tanto que las fortalezas de la Alhambra se reparaban, proveían y fortificaban por las tropas cristianas.

Además había sido acordado en la capitulación que el día que fuesen

(1) Véase mi discurso de apertura del curso actual en esta Universidad: "Últimos tratos entre los Reyes Católicos y Boabdil sobre la entrega de Granada".

entregadas á sus Altezas la Alhambra y su Alhisan con sus torres y puertas, y las puertas y torres de la ciudad y Albaicin que salen al campo, sus Altezas mandarían á su vez entregar al rey Boabdil el infante su hijo, que estaba en poder de sus Altezas en Moclín; y el mismo día pondrían en toda su libertad á los otros rehenes moros que con el dicho infante habían entrado, y se hallaban también en poder de sus Altezas, y á las otras personas de sus servidores y servidoras que no se hubiesen tornado cristianos.

Los moros, por su parte, se obligaban á enviar á sus Altezas, *luego al tiempo de la dicha entrega,* libremente, sin costa alguna, todos los cautivos cristianos que tuviesen en su poder ó en otras partes.

Correspondiendo á este acto, sus Altezas, dice el texto de la capitulación, por hacer gracia y merced al rey moro y á los suyos, les entregarían todos los cautivos y cautivas moros y moras de la ciudad y sus tierras, libremente, sin costa alguna y sin pagar derecho alguno, en término de cinco meses, á contar desde el día de la entrega, para los cautivos que estuviesen en Andalucía, y de ocho meses para los que se hallasen internados en Castilla; y á dos días después de haber entregado los granadinos sus cautivos cristianos á sus Altezas, les entregarían éstos doscientos cautivos moros y moras, cien de los que estaban por rehenes, y los otros cien de los que no estuviesen en ese concepto. Con estos doscientos cautivos entregarían también sus Altezas, libremente, algunos caballeros moros cautivos, que se nombran en el texto de los capítulos.

Ahora bien, es indudable que las referidas prevenciones acordadas en la capitulación con el fin particular de ocupar las fortalezas de Granada pacíficamente, sin tener que disparar un solo tiro, se cumplieron por ambas partes al pie de la letra. Tanto el autor del códice árabe del Escorial, como Pulgar, Bernáldez, Lucio Marineo Sículo, Zurita, el narrador del suceso, Bernardo del Roi (1), y el anónimo de la narración francesa, cuyo texto impreso se conserva en nuestra Biblioteca provincial de Granada (2), afirman la entrega de los rehenes mencionados como anterior á la entrada en Granada de las primeras fuerzas cristianas, si bien discrepan levemente entre sí respecto del día preciso en que fueron enviados al real de Santa Fe los mencionados rehenes, y del número exacto de estos.

Los mismos autores, á excepción de Lucio Marineo, que adelanta un día el suceso, y el narrador Bernardo del Roi, que lo retrasa igual tiempo, señalan el 2 de enero de 1492 como fecha de la entrada de las primeras fuerzas cristianas en la Alhambra y sus torres fuertes.

(1) La relación italiana de este testigo fué dada á conocer en castellano por don Juan F. Riaño en la revista *Alhambra*, Granada, núm. 15, Enero de 1898.

(2) Traducida al castellano por el ilustre maestro Eguílaz, en el periódico *El Defensor de Granada*, núm. 317, del 2 de enero de 1883, con ocasión de ser conmemorada la fiesta cívica de la Toma de Granada por los Reyes Católicos.

En dicho día, nos dicen, mandó D. Fernando mover su real muy de mañana y envió por delante un cuerpo de tropas con orden de penetrar en la Alhambra y apoderarse de sus fortalezas. Penetró, en efecto, ese destacamento avanzado y se apoderó de la Alhambra y sus poderosas torres, en tanto que sus Altezas permanecían al exterior de la ciudad con la mayor parte de su ejército, situados, según es de creer, en los parajes que se indican en la narración de los autores modernos, como sirviendo de sostén y apoyo á las fuerzas destacadas para realizar la ocupación. Mas ni Lucio Marineo, ni el autor árabe del códice del Escorial, ni el sesudo Zurita, mencionan al caudillo ó caudillos que capitanearon dicho destacamento. Pulgar, Bernáldez y Fernández de Oviedo hacen figurar ya al conde de Tendilla como cabeza de las primeras fuerzas de ocupación de la Alhambra, en unión del comendador mayor de León, D. Gutierre de Cárdenas. El citado Fernández de Oviedo y Mármol Carvajal, afirman rotundamente que con esas primeras fuerzas de ocupación iba el gran cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza; y esta versión es, como hemos visto, la predominante en nuestros autores modernos, desechando el testimonio de los citados Pulgar, Bernáldez, el autor de la narración francesa, Bernardo del Roi, Marineo Sículo y Zurita, que revelan claramente que en esa primera entrada no estuvo el referido cardenal (1).

En medio de esta discrepancia é incertidumbre de los historiadores, entiendo, como más acertado, creer que las primeras fuerzas que penetraron en el recinto de la Alhambra, iban capitaneadas por el comendador mayor de León, sin el de Tendilla, con algunos prelados, entre ellos D. Hernando de Talavera, electo para la nueva sede de Granada. Y fundo mi creencia en la versión que de la toma de esa ciudad nos han dejado dos personajes que, sin duda, fueron testigos de ella; pues á más de la autoridad que por su carácter pueden merecernos, encuentro que su recitado aparece más conforme con el espíritu de las prevenciones que para la ocupación de Granada se habían acordado en los capítulos de la entrega, y más en armonía con la realidad de las cosas humanas en tales actos militares.

En una plaza, en efecto, que había sido evacuada unos días antes por su sultán Boabdil, según nos refieren los autores árabes, á fin de dejarla libre á los cristianos, y donde es seguro que no quedaría provisión de ninguna especie, era imposible que se estacionasen de una vez fuerzas cristianas considerables.

Es más de creer que la ocupación de la Alhambra y demás fortalezas exteriores de la ciudad se hizo paulatinamente, del mismo modo que la con-

(1) De los biógrafos del cardenal, el más antiguo de ellos, Pedro de Medina, revela que no asistió el cardenal á la entrada de las primeras fuerzas. Salazar, como él mismo confiesa, sigue en ese punto á Mármol Carvajal.

ducción de las provisiones y efectos necesarios para el sostén y acuartelamiento de las tropas que sucesivamente fuesen penetrando. Por esta razón se explica bien que sus Altezas pidiesen en los capítulos la entrega de los rehenes y su retención por término de diez días; en tanto que las fortalezas y torres de la ciudad se proveían, reparaban y ponían en estado de defensa por sus gentes de guerra.

Uno de los dos testigos, que confirman que la entrada de las primeras fuerzas cristianas se efectuó en la forma que acabo de exponer, y el que, á mi juicio, da detalles más concretos y mejor ordenados del suceso, es el autor de la narración francesa, escrita en Granada en 10 de enero de 1492. Nos dice ese testigo, que fué el comendador mayor de León y caballero de Santiago, D. Gutierre de Cárdenas, quien por orden del noble rey Don Fernando, se dirigió á ocupar la Alhambra con las primeras tropas cristianas, en número de 500 caballos y 3.000 peones. Algunos caballeros y famosos capitanes moros salieron á recibirle, hasta ciertos palacios inmediatos á la ciudad, llamados de los Ansares, y le condujeron á la Alhambra, dándole franca entrada y liberal posesión de toda ella en nombre del poderoso rey de España, al cual reconocían por su señor, y entregándole en señal y á fe de su obediencia, entre lágrimas y lamentaciones, las llaves de la ciudadela y palacio real referidos. Tomadas las llaves por el comendador, y juntamente la posesión de la Alhambra, todos los moros é infieles fueron expulsados de ella en primer término. A seguida distribuyó el comendador su gente entre los lugares y puntos fortificados, para su guarda y defensa. Mandó celebrar una misa en la mezquita de la Alhambra, y cumplido devotamente este deber religioso, se posesionó en nombre del rey de España, de las otras fortalezas de la ciudad de Granada, asistiendo los prelados arzobispo de Calaritan (1) y obispos de Coria, Málaga y Guadix. Pero primeramente y ante todo, mandó alzar la cruz de nuestro Redentor, el estandarte de Santiago y las banderas y estandartes reales, sobre la torre más alta y aparente de la casa real de la Alhambra, en medio de las lamentaciones y gritería de los moros de dentro de la ciudad, y el estampido de las bombardas y cañones, y voces de alegría del ejército cristiano, que bellamente ordenado en batallas, se mantenía al exterior de la ciudad, aunque cerca de ella.

El segundo de los testigos que confirman la versión que creo más aceptable sobre la entrada de las primeras fuerzas en la Alhambra, es Bernardo del Roi, quien en su carta mencionada y que lleva la fecha de 7 de enero del año referido, asegura también que fué el comendador de León, D. Gutierre de Cárdenas, el jefe del primer destacamento de fuerzas cristianas que pene-

(1) Es de pensar que el arzobispo así mencionado sea el de Cagliari, que el narrador, transcribiendo el nombre latino, llama arzobispo de Calaritan.

tró en la Alhambra y ocupó sus puntos fuertes. Como el autor de la narración francesa, refiere Bernardo del Roi, la celebración del sacrificio de la misa, la exaltación de la cruz y estandartes y la proclamación de la soberanía de los Reyes Católicos en Granada, estando presentes los prelados citados por aquel, cuyos nombres trascribe á su modo Bernardo del Roi, llamándoles arzobispo de Calor, y obispos de Agila, de Candise y de Málaga por Calaritan Abulen, Malagiñen y Gadixen, que escribe el narrador francés. Anádese á esto que el autor del códice del Escorial, Lucio Marineo y Zurita, afirman textualmente la entrada en la Alhambra de varias compañías cristianas, cuyo mando no señalan; pero desde luego dan á entender muy claramente en el curso de sus recitados, que no iban capitaneadas por el de Tendilla, ni el cardenal Mendoza.

Ahora bien; descartada la entrada del gran cardenal en la Alhambra con las primeras fuerzas de ocupación, cae por su base todo el recitado de los historiadores modernos sobre la salida de Boabdil y los caballeros de su casa al encuentro de aquel, los discursos cambiados entre ambos en el Campo de los Mártires y otros detalles debidos á la fantasía de sus autores y á haber prestado excesivo asentimiento á las versiones de Gonzalo Fernández de Oviedo, del Lcdo. Rodríguez de Ardila y Mármol Carvajal.

Tampoco es de creer que el rey moro saliese á recibir al comendador. El autor de la narración francesa no señala á Boabdil entre los moros que, según dice, salieron á recibir al caudillo cristiano, ni da cuenta de que se hallase en la Alhambra en tal momento. Tampoco le cita Bernardo del Roi, que, como el anterior testigo de la Toma, menciona la salida de dichos moros principales al encuentro del comendador; y únicamente afirma de un modo pueril, que al entrar el comendador en el palacio de la Alhambra se hallaba dentro el rey moro con 300 hombres armados, los cuales, al sentir la entrada de los cristianos, salieron fuera de la fortaleza por una puerta secreta. Pulgar y Bernáldez, que refieren la salida de Boabdil al encuentro de D. Fernando, no indican si salió de la fortaleza de la Alhambra ó de otra parte de la ciudad.

Otro tanto hacen Lucio Marineo y Zurita. Afirma este último que el Rey Chico salió á esperar á D. Fernando hasta una distancia de media legua de la ciudad, seguido de 50 caballeros moros; pero no revela de dónde ni por dónde salió.

De todas suertes, es de creer que Boabdil salió efectivamente en dicho día al encuentro de sus Altezas, y que se cambiaron entre ellos las oportunas frases de cortesía, amistad y fidelidad que el caso requería; y aun es de pensar que los reyes le invitasen á su mesa en el campo ó en Santa Fe. Recuérdese que eso mismo ocurrió en la entrega de Guadix por el Zagal, cuando éste salió á recibir á sus Altezas. Pero en tanto que la fortuna no nos depare documentos fehacientes en contrario, no es de aceptar, á mi jui-

cio, que Boabdil llevase consigo á las reinas y princesas moras para recibir á sus Altezas, ni que saliese desde la Alhambra. Pienso más bien que Boabdil salió al encuentro de sus Altezas sólo con su escolta de servidores, desde la casa real de la Alcazaba en el Albaicín; que á esta casa se volvió después de cumplir aquel deber de cortesía y vasallaje, y en ella permaneció algún tiempo, hasta que los Reyes Católicos, por convenir á su política de custodia y anexión de la ciudad, hubieron de aconsejarle ú ordenarle que saliese de ella y fuese á morar en su feudo de las Alpujarras, en Andarax. Conviene recordar, en confirmación de esta creencia, que en dicha casa real del Albaicín vivió Boabdil desde su entrada en Granada, libre de su cautiverio y aun de la rivalidad de su tio el Zagal, hasta que rompió abiertamente con el rey Católico (1); es decir, hasta que resuelto á seguir el partido de la resistencia á los cristianos, pudo temer menos la sublevación del pueblo granadino contra él, y abandonar con mayor confianza aquel barrio del Albaicín habitado por los más ardientes partidarios que había tenido para la defensa de su causa. Recuérdese también que cuando sobrevino el alboroto de la ciudad, al hacerse públicas las capitulaciones de su entrega, fueron precisamente los moros de la Alcazaba y de la puerta de Elvira, los que no acudieron al llamamiento ó consejo de Boabdil, fundando su enojo en que se decía que les iban á echar de sus casas, y reclamaban de nuevo que su rey volviera á morar entre ellos. Y bien fuese por esta exigencia de los del Alcazaba y sus barrios inmediatos, ó por otra razón, es lo cierto que acallado el tumulto, aceptada por todos la soberanía del rey cristiano y avisado éste de tal determinación, mandó Boabdil (2) evacuar á Medina Alhambra, y fueron abandonados sus aduares, alcázares y mansiones de recreo, y quedaron algunos esperando la entrada de los cristianos para que se apoderasen de ella. El mismo Pulgar, después de mencionar la salida de Boabdil al encuentro de sus Altezas en el día de referencia, dice textualmente: *que cuando regresó á su casa, que era en la Alcazaba, entró llorando lo que había perdido;* y cuenta seguidamente, con harta ridiculez, haberle replicado su madre que pues no había sido para defenderlo como hombre, que no llorase como mujer.

También, á mi humilde juicio, es necesario rectificar la afirmación de los historiadores modernos que, siguiendo á Pedraza, ponen la libertad y salida de los 500 cautivos cristianos como acaecida en el día siguiente al de la entrada de las primeras fuerzas cristianas en la Alhambra, siendo así que, según lo ajustado en los capítulos, habían de ser libertados al tiempo de la entrega de la plaza. El autor de la narración francesa, refiriéndose á los actos celebrados con ocasión de la entrada de las primeras tropas al mando del

(1) Véanse mis "Documentos de la corte Nazarí; primeros pactos entre los Reyes Católicos y Boabdil sobre la entrega de Granada".

(2) Anónimo del Escorial, apud Muller en su *Die letzten Zeiten von Granada*, pág. 50.

comendador, nos dice que todavía se hallaban las compañías de los cristianos noble y ricamente ordenadas en batallas fuera de la ciudad de Granada, cuando una multitud de cristianos hombres y mujeres, que estaban prisioneros en dicha ciudad sufriendo dura cautividad y miseria, salieron libres de ella, cantando alegremente el notable himno de Zacarías, *Benedictus*; y guiados por muchos religiosos y clérigos, siguieron en procesión hasta la iglesia de Santa Fe, que el noble rey de España había hecho construir muy suntuosa y prestamente durante el sitio. Cuando la procesión de los cristianos salvados de la cautividad pasaba al lado de las batallas, uno veía á su hijo, otro á su hermano y otro á su padre libres de la misera servidumbre de los infieles, y muchos de ellos no podían menos de prorrumpir en lágrimas y sollozos de alegría al ver libres á sus hermanos, padres y amigos.

Bernardo del Roi, refiriéndose igualmente al día de la entrada del comendador, dice haberse ordenado que los prisioneros que estaban en poder de los moros saliesen fuera, los cuales vinieron en procesión con la cruz y la imagen de la bienaventurada Virgen, que llevaban con sus cadenas: y él mismo los condujo á donde el rey, como católico príncipe, los recibió benignamente, y le mandó que esperase á la reina, que venía con la demás gente, y con ella estaba el cardenal de España; y la dicha reina los recibió con gran reverencia y ordenó que fuesen llevados al castillo de Santa Fe.

De los restantes historiadores y cronistas antiguos, Pulgar, su continuador, Bernáldez, Mármol, Fernández de Oviedo y Rodríguez de Ardila, omiten en sus recitados de la Toma de Granada el detalle de la libertad de los cautivos cristianos. Lo menciona Zurita, pero con referencia al tiempo y día de la primera entrada de fuerzas cristianas, como los dos narradores mencionados; y agrega el insigne historiador de Aragón, que fueron recibidos los cautivos hallándose el rey al exterior de la ciudad con las batallas paradas; y entonces ordenó que el infante moro que había estado en rehenes por su padre, y á quien la reina Isabel acababa de entregarlo, fuese devuelto á la ciudad; porque estaba convenido que la entrega de ésta y la del infante fuesen simultáneas. Bernardo del Roi confirma el hecho de la libertad del infante, y dice que fué conducido y restituido á su madre.

Se acepta del mismo modo, como hecho corriente y sin réplica por muchos historiadores modernos, que los Reyes Católicos penetraron en la Alhambra y sus alcázares el día 2 de enero, en que tuvo lugar la entrada de las primeras fuerzas de ocupación. Apoyan su creencia tales autores en los recitados de Mármol, Rodríguez de Ardila, Fernández de Oviedo y Pedraza, los cuales no echaron de ver cuán difícil es aceptar que todo el ejército de los Reyes Católicos, compuesto de 60,000 hombres, como dicen, pudiera entrar en la Alhambra, ni quedarse en el Campo de los Mártires, ó á las puertas de la fortaleza. Es más seguro pensar, teniendo en cuenta las prevenciones que para el acto de la entrega habían sido acordadas en los capítulos, y la

práctica militar en casos como éste, que los Reyes Católicos se limitaron el día 2 mencionado á presenciar desde el exterior de la ciudad, cómo algunas de sus gentes ocupaban las primeras y más formidables posiciones de la ciudad y proclamaban desde ellas su soberanía, y que terminada esta operación preliminar, apoyada con su presencia y la del grueso de su ejército frente á los muros de la ciudad, y hecho el canje mutuo de cautivos y rehenes que, según la capitulación, había de verificarse en aquel momento, se volvieron con sus huestes al real de Santa Fe.

Esta creencia, que juzgo más exacta, es la que aparece confirmada leyendo atentamente los cronistas más autorizados á mi juicio, tales como Pulgar, Bernáldez, Zurita, el autor de la narración francesa y el mismo Bernardo del Roi; porque si bien este autor involucra algún tanto los hechos, y aun parece advertirse alguna contradicción en su modo de ordenarlos, entiendo que este defecto sea debido más bien á los que han copiado ó traducido su texto. Así cuando el autor referido, después de narrar la entrada del comendador con su destacamento en la Alhambra, la celebración de la misa y el despliegue de los estandartes, dice que los Reyes Católicos (según traduce el señor Riaño) hicieron buena y pacífica entrada, hay que pensar que esa palabra entrada vale tanto como posesión, ó lo que es lo mismo, que el autor quiere revelarnos que después de los actos realizados por la gente del comendador, sus Altezas quedaban pacíficamente apoderados ó dueños de Granada. De otra suerte, no podría explicarse cómo el autor pueda decir, á renglón seguido, que inmediatamente fué ordenado que los prisioneros cristianos saliesen fuera, y que éstos vinieron con la cruz y con la imagen de la Virgen, y que el propio autor, que confiesa ser de los que entraron con el comendador, los condujo á donde el rey, como católico príncipe, los recibió benignamente, y le mandó que esperase á la reina, la cual venía con la demás gente, y con ella estaba el cardenal de España. Y habiendo quedado proclamada la soberanía de sus Altezas sobre Granada el día referido; ¿qué de particular tiene que en el mismo día expidiesen cartas y cédulas oficiales anunciando á otros príncipes y concejos de sus ciudades tan fausta nueva con la frase "De Granada, ó dada en Granada, etc.", aunque real y materialmente no hubiesen puesto sus pies en el interior de su recinto, como acontece con la carta publicada por Pedraza, que dirige D.ª Isabel al prior de Guadalupe, y la que D. Fernando, en igual forma, envía al concejo de Córdoba, y se conserva en su Archivo municipal?

Mi creencia, en fin, de que los Reyes Católicos no penetraron el día 2 en el recinto de la Alhambra, ni menos en la ciudad, aparece también confirmada por el autor árabe del Escorial, que dice textualmente que cuando el rey católico consideró segura la toma de la ciudad y la Alhambra, destacó sus tropas á este efecto, y entró de ellas un crecido contingente, quedándose él

fuera de la ciudad. Llenó la Alhambra de harina, vituallas y municiones, y dejando á uno de sus alcaides, se volvió á su campo.

Aunque no es aceptable la afirmación de que el conde de Tendilla entrase en la Alhambra con el primer destacamento de las fuerzas cristianas de ocupación, es indudable que penetró en ella capitaneando un segundo refuerzo, bien fuese en el mismo día, al tiempo de retirarse sus Altezas con el grueso del ejército á Santa Fe, ó bien al siguiente, como señala el autor de la narración francesa.

Un día después, el 3 de enero, nos dice ese testigo después de referir los sucesos del día 2, monseñor Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, elegido y diputado por la Real Majestad alcaide castellano y guarda de la casa real y fortaleza principal de la ciudad de Granada, conocida por la Alhambra, hizo su entrada en ella con 1.000 peones, recibiendo del comendador las llaves de aquella y otras fortalezas de la ciudad por mandamiento y autoridad del noble rey de España. El mismo hecho resulta confirmado en la narración de Bernardo del Roi; cuando después de mencionar un primer ingreso de fuerzas cristianas con el comendador, asegura más abajo que luego quedaron en la Alhambra el comendador y el conde de Tendilla con mayor número de fuerzas de las que menciona anteriormente.

Otro tanto se desprende de la breve y sustanciosa narración que hace el autor árabe del códice del Escorial, acerca de la labor del rey católico en los días que siguieron al 2 de enero, hasta que hizo su entrada en Granada. Después de decirnos cómo fué ocupada la Alhambra por las tropas cristianas en el día mencionado, refiere que D. Fernando continuó enviando sucesivamente harina, forraje, diferentes clases de mantenimientos, material de guerra y demás cosas que le eran necesarias; puso alcaides en la ciudad, magistrados, guarda puertas y otros oficios; y los musulmanes iban y venían al real de los cristianos para vender y comprar, y de igual suerte los cristianos á la ciudad. En esos mismos días los habitantes de la Alpujarra, sabido por ellos la capitulación de Granada, enviaron su sumisión al rey católico, reconociéndole como soberano y sometiéndose á su protección, de manera que no quedó á los muslimes en España lugar alguno independiente. Tras de esto, despidió honrosamente á los moros que tenía en rehenes y bajo su fe.

Indudablemente el autor árabe citado hace referencia en sus últimas frases al momento en que los Reyes Católicos pusieron en libertad á los rehenes y cautivos que, según los capítulos, habían de soltar.

Recuérdese que, según antes expresé, los Reyes Católicos se habían obligado á poner en libertad doscientos moros y moras, cien de los que estuviesen cautivos y otros cien de los detenidos en rehenes, á dos días después de ser entregada la Alhambra y sus fortalezas. Y además de éstos, soltarían igualmente, á partir de la fecha citada, en término de cinco meses, todos los cautivos de Granada y su tierra que estuviesen detenidos en Andalucía, y en

ocho meses los que estuviesen en Castilla ú otras partes. No cabe duda que sus Altezas pusieron especial diligencia en el cumplimiento de esta obligación, expidiendo cartas á sus corregidores de ciudades en los mismos dias en que se estaba para proceder ó procediendo á la entrega de Granada y su ocupación, como se ve por las dos siguientes, suscritas por Hernando de Zafra de orden de sus Altezas, que se conservan procedentes de su archivo (1).

Carta de sus Altezas al corregidor de Baza.

"El rey e la reyna.

don bernardo nuestro alcayde e corregidor de la çibdat de baça sabed que entre las otras cosas que por nuestro mandado se an sentado con el rey muley avdili e con la çibdat de Granada se asento e capitulo que se les dyesen e entregasen todos los moros y moras que de la dicha çibdat de granada e su tierra estuvyesen catyvos en qualesquyer çibdades e villas e lugares del andalaçia e del reyno de granada e en todas las otras çibdades e villas e lugares de los nuestros reynos e señorios. por ende nos vos mandamos que luego que esta nuestra çedula vyeredes tomeys todos los moros e moras de la dicha çibdat de granada questan catyvos enesa dicha çibdat e su tierra de poder de las personas que los ovyeren a los quales e a cada uno dellos mandamos que vos den y entreguen luego los dichos moros e moras de la dicha çibdat de granada e su tierra. e sy los ovyeren vendido escondido e trasportado los traygan luego a vuestro poder so pena de caer en mal caso los que lo contrario fisyeren e de confiscaçyon de todos sus bienes para la nuestra camara. e enbiad vos todos los dichos moros e moras con persona de buen recabdo a este nuestro real. e averiguad el verdadero preçio e valor de como conpraron e les costaron los dichos moros e moras. e sy algunos non los conpraron averiguad lo que justamente valyeren e la dicha averiguaçyon firmada de vuestro nonbre e signada del escrivano del conçejo de la dicha çibdat. e enbiad ante nos la dicha averiguaçyon porque enesta nos mandaremos pagar a las personas que tovyeren los dichos moros e moras su justo valor en lo qual cunple a nuestro serviçio que entendays luego con mucha diligençia como de vos confiamos. fecha en el real de la vega de granada treynta e un dias de disyenbre de noventa e dos annos.

yo el rey yo la reyna.

por mandado del rey e de la reyna
fernando de çafra.

para baça que enbyen luego los de granada e su tierra."

(1) Hoy en poder de mi ilustrado y bondadoso amigo D. Juan Hurtado de Amézaga, hijo del Excmo. Sr. Marqués del Riscal.

Carta de sus Altezas al corregidor de Ecija.

"El rey e la reyna.

diego de aguayo nuestro corregidor de la çibdad de ecija o vuestro lugarteynyente sabed que entre las otras cosas que por nuestro mandado se asentaron e capitularon con el rey buavdili e con la çibdad de granada esta asentado que se les ayan de dar y den todos los moros e moras de la çibdad de granada e de las alcaryas de su tierra que sean catyvos enestos nuestros reynos e señorios e porque nuestra merçed e voluntad es que todo lo que asy fue asentado e capitulado se cumpla, por ende nos vos mandamos que sepays quien tiene enesa dicha çibdad a abenselin y aljaje mofarrix y a hamete el partar e a mohamed eyad clerre e maçot abenalaquen moros vezinos de la çibdad de granada e de su tierra e sabido los tomeys de su poder de las personas que asy los tovyeren y los pongays en su libertad e juntamento con . . . . . (1) que alla enbyamos e averiguad e aved vuestra ynformacyon por ante escrivano publico sy los dichos moros ovyeron por conpra y sy por conpra los ovyeron quanto les costaron e synon los ovyeron por conpra e los ovyeron en la guerra o en otra manera averiguad lo que justamente valyeren e la dicha averiguaçyon firmada de vuestros nonbres e del dicho escrivano con vuestro conosçimiento asy mismo firmado de vuestros nonbres e del dicho escrivano dad y entregad a las personas que asy tovyesen los dichos moros porque conestos recabdos mandaremos que sean pagados a las dichas personas que tovyeren los dichos moros lo que asy paresçyere por la dicha ynformacyon que les costaren o valyeren los dichos moros e por esta nuestra carta mandamos a las dichas personas en cuyo poder estovyeren los dichos moros que luego que por vosotros o por vuestra parte les fuere mandado vos los den y entreguen syn que enello pongan escusa ni dilaçyon alguna so la pena o penas que les pusyeredes o mandaredes poner de nuestra parte e sy las dichas personas despues que la dicha çibdad se nos dio e entrego ovyeren vendido o trasportado o escondido los dichos moros vos mandamos que los apremyades a que los hagades traer al termino e so la pena o penas que a nosotros paresçyere. e aparte todo lo que dicho es e para la execuçyon dello vos damos poder cumplydo con todas sus ynadençyas y dependençyas sobre lo qual vos hablara el dicho. . . . . (2) de nuestra parte. dadle fee y creençya y aquello poned en obra porque asy cunple a nuestro serviçio. de la villa de santa fe a. . . . . (3) dias del mes de enero de noventa e dos annos.

yo el rey yo la reyna."

(1) En blanco, de propósito.
(2) En blanco.
(3) En blanco.

Se habrá observado que la primera de estas cartas está dada en 31 de diciembre de 1492, y la segunda, aunque lleva la fecha del dia en blanco, es seguramente de enero del mismo año. Lo que ocurre con la primera de estas cartas es lo mismo que con las capitulaciones procedentes del archivo de los marqueses de Corvera, y la explicación que ya hube de dar respecto de éstas, aparece confirmada en la carta de referencia (1). Es de creer como más seguro, que muchos de los documentos á que daba lugar la ejecución de los capítulos, sus copias y demás, fueron redactados preventivamente en la secretaría real de Santa Fe, y como no se sabía á punto fijo el dia preciso de su expedición, dejaron fechas en blanco, mas no la del año 1492, en que se esperaba que todas habían de tener su cumplimiento. Pero al anticiparse la entrega, hubieron de ser expedidos muchos en ese último día del año 1491, y quedó sin corregir el 1492. De otra suerte no se explica que refiriéndose ambas cartas al mismo asunto, hubiese mediado en su expedición una diferencia de año, faltándose además á lo ajustado en la capitulación, y fingiendo la presencia de los Reyes en Santa Fe en diciembre de 1492, cuando consta firmemente que no estaban allí por ese tiempo.

Como se ve por lo que antecede, los Reyes Católicos procedieron en la ocupación de la Alhambra y demás puntos fuertes de Granada conforme á las prevenciones ajustadas al efecto en los capítulos de la entrega.

Cuando la Alhambra y demás lugares fortificados de Granada estuvieron ocupados por sus tropas y se llevó á feliz término el canje de prisioneros y rehenes, se consideraron seguros sus Altezas de toda perfidia de parte de los granadinos, y entraron, según revela el citado autor árabe del Escorial, en la Alhambra con algunos de sus magnates, dejando el ejército al exterior de la ciudad, y permanecieron recreándose en los alcázares y deliciosos aposentos de la hermosa fortaleza hasta el caer de aquel dia, que regresaron á su campo. Pero al amanecer del siguiente, se comenzó por su orden á edificar, reparar y mejorar el estado de la Alhambra, y fueron abiertos caminos de acceso á ella, yendo el mismo rey cristiano durante el día á la Alhambra y regresando por la noche á su real, hasta que considerándose más libre de toda perfidia de parte de los moros, hizo su entrada en la ciudad y la recorrió en varias direciones, bajo la guarda de su escolta y gentes de guerra.

De todo lo expuesto y del recitado precedente del autor árabe del códice del Escorial, se desprende que, como aconseja el buen sentido y la práctica militar, los Reyes Católicos hicieron efectivamente una primera entrada en la Alhambra con posterioridad al día 2 de enero, en que fué ocupada dicha fortaleza por sus gentes, capitaneadas por el comendador; y pasados algunos

(1) Véase mi Discurso de apertura citado, pág. 94.

días más, realizaron su segunda y más solemne entrada, penetrando esta vez en la ciudad y atravesando diferentes vías de ella. No señala el autor árabe el día en que sus Altezas hicieron esta entrada solemne pasando por la ciudad; pero es de pensar que no fué tan pronto como afirman algunos de nuestros cronistas. No es fácil concebir que del día 2 al 6 hubiese podido D. Fernando tener realizadas todas las operaciones que para su mayor seguridad en la entrada de la ciudad, hubo de prevenir.

El autor de la narración francesa citada, que describe mejor que ningún otro autor la entrada solemne de los Reyes Católicos en la ciudad, dice que tuvo lugar el sábado 8 de enero. En este día, afirma, el muy noble y poderoso rey de España y de Granada, la reina y su muy ilustre hijo primogénito D. Juan, el gran cardenal, el maestre de Santiago, D. Alonso de Cárdenas, el arzobispo de Sevilla y muchos otros prelados y grandes, entraron en la ciudad de Granada con 10.000 caballos y 50.000 peones; tomaron sus Altezas llana y libremente grata y pacífica posesión de dicha ciudad y ordenaron que fuese celebrada una misa solemne en un lugar notable, nombrado la Gran Mezquita, por el obispo de Avila, y que dicho lugar fuese dedicado y consagrado á Dios creador y que se edificase en él una iglesia magnífica. Terminada la misa y demás ceremonias religiosas, fueron dispuestas las mesas en el real palacio de la Alhambra, y los reyes con todos los grandes y nobles que les acompañaban, fueron obsequiados con ricas y exquisitas viandas por el conde de Tendilla, castellano y guarda del palacio.

Existen, por último, autores modernos que explican el orden de las tropas que hicieron su entrada triunfal en la ciudad de Granada con los Reyes Católicos, parafraseando el documento del archivo de la casa de Alba, que con otros de igual procedencia y con el título de "Relación de la gente que entró con su Alteza, y cómo han de ir las batallas", publicó la Duquesa de Berwik, y han reimpreso otros autores, como el ilustre Eguílaz (1) y Durán (2), refiriéndolo también al mismo momento histórico. Pero á poco que se fije la atención en el título que encabeza el documento y especialmente en la observación con que termina y dice "después que esta suma se concertó en el río de las Yeguas, han ido al real de diez en diez e veinte en veinte, segund que lo han escrito á la reina nuestra señora, más de 300 lanzas y algunos peones, que no se escribió lo cierto de ello"; se echa de ver que ese recuento y ordenación de tropas se refiere al tiempo en que D. Fernando avanzó con su hueste, no para entrar triunfalmente en Granada rendida ya, sino para atacarla y ponerle sitio. Para este hecho y en esa ocasión congregó sus fuerzas D. Fernando junto al llamado río de las Yeguas, por ser lugar

(1) En su "Breve reseña histórica de la conquista de Granada".
(2) En su "Toma de Granada".

colindante de las otras partes de Andalucía sometidas á su poder, que le habían de enviar sus respectivas fuerzas para la campaña. Por esto, el que puso la observación antigua que aparece á las espaldas del mismo documento, cuidó de decir muy bien "el número de la gente con que los Reyes Católicos ganaron á Granada".

M. GASPAR REMIRO.

